

LA NACION
Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

LN-20-8-87

Las evidencias de Ortega

También Daniel Ortega ha resuelto romper diversas marcas en el juego panamericano entre la democracia y el totalitarismo.

Dos horas después de la proclamación "urbi et orbi" de la constitución política en Nicaragua, abolió su principal capítulo: las garantías constitucionales, eco del incumplimiento de la promesa formulada ante la OEA, en julio de 1979, sobre la restauración de los derechos humanos en Nicaragua. Al día siguiente de la solemne suscripción del Plan de Paz, Ortega anunció que su observancia quedaba condicionada a la actitud del Gobierno norteamericano frente a la resistencia y, 10 días después de la firma del documento en Guatemala, concluida la romería del Presidente a Cuba, para rendirle cuentas a Fidel Castro, la soldadesca dispersó, en forma salvaje, una manifestación pacífica de la Coordinadora Democrática Nicaragüense, con perros, palos y "electroshock", para rematar con el encarcelamiento de algunos de sus principales dirigentes.

Frente a los hombres o gobiernos de buena fe, regidos por principios éticos y legales, cabe confiar en su palabra. Ante los regímenes totalitarios sólo han de contar los hechos, la praxis cotidiana. Esta es la piedra de toque y el criterio de verdad. La historia abunda en testimonios irrefutables al respecto. Suponer confiadamente, sin fundamento en los hechos, que el régimen de Nicaragua será la excepción significa echar al olvido la esencia misma del marxismo-leninismo. El justo júbilo por la ratificación del documento de paz, en Guatemala, debe, entonces, intensificar el esfuerzo comunitario por su fiel aplicación, sin abrir las puertas a la ingenuidad.

Y si los hechos ocurridos en Nicaragua, en estos 15 días posteriores a la reunión presidencial, son más elocuentes y reveladores que la firma de Daniel Ortega, la historia del marxismo-leninismo nos debe poner ojo avizor, a fin de no confundir nuestros buenos deseos con la realidad.

En estos días, 40 tártaros de Crimea han tocado las puertas del Kremlin para que a 400.000 compatriotas se les asiente en Crimea, su patria, 43 años después de su deportación en Asia por Stalin. Mas, no obstante la "glasnot" y la "perestroika", que han conmovido a las planiferas de Occidente, se les respondió a los tártaros que perdieran toda esperanza. El mes pasado, 15 disidentes decidieron poner a prueba las proclamas de

Gorvachev y lanzaron su primer periódico independiente, llamado "Glasnot". La respuesta del régimen fue inmediata: media docena de agentes de la KGB montaron guardia frente a la casa de Sergei Grigorian, director del periódico, quien había sido encarcelado, durante siete años, por haber distribuido un boletín informativo consagrado a los derechos del hombre.

La secuencia Ideología-Partido-Poder, que el comunismo hereda desde Lenin, no se ha disociado una sola vez. Cualquier vislumbre de libertad real suscita, por ello, entre los dirigentes una reacción brutal, aunque tengan que sacrificar la imagen y la propaganda a las críticas fugaces.

La doctrina soviética de la coexistencia proclama simultáneamente la convivencia pacífica en el plano diplomático y la lucha irreconciliable en el orden ideológico. Cualquier bisono lector de la doctrina comunista sabe bien, por ello, que los gobiernos marxista-leninistas sólo aceptan aquellos compromisos que faciliten la revolución socialista y consoliden la posición del partido.

Las directrices tácticas de Lenin fueron, a este respecto, claras y concretas, y su cumplimiento, desde antes de la Revolución, jamás se han empañado. Todas se condensan en la formulada en mayo de 1920: "Hay que unir la mayor entrega a las ideas del comunismo con la capacidad de firmar todo compromiso práctico y necesario, de esquivar, de pactar, de caminar en zigzag, de batirse en retirada y otras cosas por el estilo". De aquí que para los comunistas las alianzas, los pactos de no agresión, las proclamas de paz, la renuncia a una ventaja, el abandono de una reivindicación, el retroceso transitorio, todas estas tácticas se sitúan en la categoría del "compromiso", a fin de conservar y acrecentar el problema fundamental, como decía con frecuencia Lenin, de toda revolución: el poder, es decir, la conquista del Estado.

Al régimen de los nueve no le van a desvelar el descrédito, ni las contradicciones, ni el incumplimiento de la palabra empeñada. Lo único que les importa es el trinomio Ideología-Partido-Poder. Tener en cuenta esta constante histórica e ideológica, y reparar sólo en los hechos y nada más que en los hechos persistentes, es propio de diplomáticos y estadistas inteligentes y prudentes.